



Señor, ¿cuándo te vimos hambriento?

MATEO 25:37

Tema del domingo de catequesis de 2024: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento?” (Mt 25, 37)

Título del artículo: La Eucaristía y el Discipulado Misionero: Viviendo Mateo 25

Resumen: La Eucaristía nos obliga a vivir el Evangelio de Mateo 25, dando de comer al hambriento, acogiendo al extranjero y vistiendo al desnudo (Mt 25, 35-36). Si deseamos honrar el Cuerpo de Cristo, entonces no podemos ignorar los problemas sociales que afectan a los más vulnerables en nuestras comunidades. La Eucaristía nos recuerda que somos parte de una comunidad y de la familia humana como miembros del Cuerpo de Cristo. Por lo tanto, debemos encontrar a Cristo en la Eucaristía de manera personal y social, al tiempo que tomamos conciencia de vivir como discípulos misioneros que salen de la Eucaristía como Cuerpo de Cristo, partido por el mundo.

Formato: Artículo

Audiencia: Catequistas | Ministros de la pastoral juvenil | Padres/madres

Pilar: Vida eucarística

La Eucaristía y el Discipulado Misionero: Viviendo Mateo 25

En su declaración de 1997 sobre [Llamados a la Solidaridad Mundial: Retos Internacionales para las Parroquias de EE.UU.](#), los obispos católicos de los Estados Unidos destacaron varios desafíos que enfrenta nuestra sociedad hoy en día, como el hambre mundial, la migración masiva de refugiados, los conflictos, la deuda externa y la devastación ambiental. También destacaron nuestro llamado católico a la solidaridad global, especialmente con los más vulnerables, de dos maneras distintas pero relacionadas: 1) La responsabilidad individual de cada católico que se



Conferencia de
Obispos Católicos
de los Estados Unidos

basa en nuestro bautismo y se expresa diariamente en nuestras acciones y decisiones; 2) La función esencial de la parroquia como hogar espiritual y recurso religioso para los fieles cristianos que ofrecen los sacramentos y la educación, y como un lugar para la oración y la acción comunitaria en busca de la solidaridad mundial (págs. 1-2). El principio sobre la [Vida y dignidad de la persona humana](#) es el principio padre de todos los principios de la Doctrina Social de la Iglesia y requiere que midamos cada política, cada institución y cada acción según si protege la vida humana y dignidad humana, especialmente para los más pobres y vulnerables.

En Estados Unidos, 38.3 millones de personas viven en condiciones de inseguridad alimentaria. Según [un informe de 2022](#) del Departamento de Agricultura de Estados Unidos (USDA por sus siglas en inglés), 11.7 millones son niños. Estos hogares con inseguridad alimentaria no pudieron proporcionar alimentos nutritivos adecuados para sus hijos, y los niños informaron que se saltaban las comidas porque no había suficiente dinero para la comida. Este [artículo de PovertyUSA.org](#) ofrece una descripción muy útil de la inseguridad alimentaria y sus causas, así como posibles soluciones para poner fin a este desafío en los Estados Unidos.

La pandemia del COVID-19 y la crisis inflacionaria en curso han aumentado significativamente el número de hogares que experimentan inseguridad alimentaria. A pesar de que el gobierno de los Estados Unidos implementó herramientas durante la pandemia para ayudar a aliviar el empeoramiento de la inseguridad alimentaria, esos beneficios adicionales ahora se han detenido y el Congreso de los Estados Unidos ha ordenado que haya requisitos de trabajo más estrictos para recibir los beneficios del [Programa de Asistencia Nutricional Suplementaria](#) (SNAP por sus siglas en inglés). Además, el Proyecto de Ley Agrícola propuesto en la Cámara de Representantes tiene como objetivo reducir los beneficios futuros de SNAP de hasta \$30 mil millones de dólares en diez años. Para más información sobre el Proyecto de Ley Agrícola y para actuar, visiten el [Centro de Acción de la USCCB](#).

Estas realidades nos llevan a preguntarnos porque las personas tienen hambre, padecen inseguridad alimentaria y no pueden mantener a sus familias, y qué tipo de respuesta se necesita para abordar estos desafíos en nuestros vecindarios, ciudades y sociedad global. Para iluminar estos retos morales, invito a los lectores a reflexionar sobre tres pasajes de la Sagrada Escritura que siguen la metodología del *Ver*, *Juzgar (Discernir)* y *Actuar*. Esta metodología, que se remonta a *La Ética a Nicómaco* de Aristóteles y al análisis de Santo Tomás de Aquino sobre la virtud de la prudencia, fue presentada formalmente en la encíclica [Mater et Magistra](#) de 1961 de San Juan XXIII (*Sobre el Reciente Desarrollo de la Cuestión Social a la Luz de la Doctrina Cristiana*). Esta metodología nos permite interpretar “los signos de los tiempos” (Vaticano II, [Gaudium et Spes](#), n. 4), iluminar con una luz inmutable los nuevos problemas que surgen constantemente ([Caritas in Veritate](#), n. 12) y poner nuestra fe en acción cada vez que nos encontramos a un hermano y hermana con necesidad ([Fratelli Tutti](#), n. 69).

VER: “Denles ustedes mismos de comer” (Mateo 14, 16)

Jesús comparte muchas enseñanzas con sus discípulos sobre la visión de Dios de justicia y paz. En su proclamación del Reino de Dios, Jesús instruye a sus discípulos para que vayan más allá de los límites personales, de las costumbres y culturas y del estatus social. En particular, les

muestra una opción preferencial por los más pobres y vulnerables, pues Jesús se identifica con ellos (Mt 25, 34-40; Lc 4, 16-21; Lc 6, 20-23). Jesús pone a prueba constantemente a sus discípulos para que estén atentos a las necesidades espirituales y humanas de los hijos de Dios. Según la narración del Evangelio de San Mateo (14, 13-21):

Entonces Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: “Me da pena esta multitud, porque hace tres días que están conmigo y no tienen qué comer. No quiero despedirlos en ayunas, porque podrían desfallecer en el camino”.

La narración de los cinco panes y dos peces destaca la compasión de Jesús por las necesidades inmediatas de la multitud. La gente está cansada y hambrienta y Jesús lo ve y decide actuar pidiéndoles a los discípulos que los alimenten. Una lección importante aquí es que Jesús no solo se centra en proclamar el Reino de Dios, sino que también está atento a las necesidades humanas y sociales de los hijos de Dios. El compromiso de Jesús con los más pobres y vulnerables tiene sus raíces en los profetas hebreos que anunciaron el amor especial de Dios por los más indefensos y llamaron a su pueblo a un pacto de amor y justicia. Este compromiso surge de nuestras experiencias de Cristo en la Eucaristía. Como explica el *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1397:

Para recibir en la verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados por nosotros debemos reconocer a Cristo en los más pobres, sus hermanos.

Las buenas noticias que hemos recibido deberían derramarse sobre nuestra vida y llevarnos a vivir nuestra misión en el mundo. Es por ello que el rito de conclusión no es un final, sino un principio, una llamada a que toda nuestra vida sea “eucarística,” para que así “el cristiano que participa en la Eucaristía aprende de ella a ser promotor de comunión, paz y de solidaridad en todas las circunstancias de la vida” (San Juan Pablo II, *Mane Nobiscum Domine*, n. 27). Además, San Juan Pablo II emite el siguiente desafío en *Dies Domini*, n. 72:

¿Por qué no dar al día del Señor un tiempo más intenso de compartir, poniendo en juego toda la creatividad de que es capaz la caridad cristiana? Invitar a comer consigo a alguna persona sola, visitar enfermos, proporcionar comida a alguna familia necesitada, dedicar alguna hora a iniciativas concretas de voluntariado y de solidaridad, sería ciertamente una manera de llevar en la vida la caridad de Cristo recibida en la Mesa eucarística.

JUZGAR (DISCERNIR): Hacia una ética de solidaridad cristiana (Mateo 25, 31-46)

La narración del Evangelio de San Mateo (25, 31-46) del Juicio de las Naciones provee algo de luz sobre cómo juzgar las necesidades y realidades de nuestras comunidades parroquiales de acuerdo con nuestros valores y principios de fe. “Porque estuve hambriento, y me dieron de comer... Los justos le contestarán entonces: ‘Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento y te dimos de beber?’” (Mateo 25, 35-37). Esta narración ofrece un marco importante para la visión de comunión y solidaridad de Dios, ya que nos pone en contacto con

las circunstancias que determinarán cómo seremos juzgados al final de los tiempos. El Papa Benedicto XVI afirma en [*Deus Caritas Est*](#), n. 15:

En fin, se ha de recordar de modo particular la gran parábola del Juicio final (cf. Mt 25, 31-46), en el cual el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana. Jesús se identifica con los pobres: los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados. “Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis” (Mt 25, 40). Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios.

Este pasaje bíblico nos recuerda que los pobres han sido una dimensión integral del discipulado cristiano desde el principio de la Iglesia. Dado que estamos hechos para la comunión, nuestras acciones de solidaridad también se reflejan en las doctrinas de la Santísima Trinidad y la Comunión de los Santos. Sin embargo, como todas las demás virtudes, la solidaridad (que es la cualidad del carácter moral) requiere de una formación. Por lo tanto, los líderes eclesiales y laicos deben proporcionar a los feligreses experiencias de solidaridad.

La identidad católica visualiza una sociedad justa en la que todos vivimos en una buena relación con Dios y con los demás. Esta relación representa la experiencia de las comunidades que practican el perdón, el respeto mutuo y el amor, y exige la inclusión y la acogida activa de los más pobres y vulnerables. Ver a los pobres y vulnerables desde la perspectiva de doctrinas como la Santísima Trinidad y la Comunión de los Santos nos asegura una visión diferente a verlos desde la perspectiva del contrato social. A través de las prácticas sacramentales de reconciliación y comunión, la Iglesia puede facilitar aún más los exámenes de conciencia comunitarios y los encuentros personales entre los marginados y los privilegiados en nuestra sociedad. La Iglesia también puede ayudar a los laicos a convertirse contra los hábitos y prácticas injustos que degradan la vida y la dignidad de la persona humana mediante la creación de iniciativas que puedan llevarlos hacia una ética de solidaridad cristiana. La fidelidad al Reino de Dios requiere una transformación social para acoger, proteger, promover e integrar a los más vulnerables, como los pobres, las personas sin hogar, los migrantes y los refugiados. Es esta ética de solidaridad a la que Jesús de Nazaret nos invita a sumergir nuestros cuerpos y recursos como requisito previo del verdadero discipulado (Lc 10, 29-37; Lc 22, 14-20).

ACTUAR: “Vayan y den fruto” (Juan 15, 16)

En su declaración de 1993 sobre [Comunidades de Sal y Luz: Reflexiones sobre la Misión Social de la Parroquia](#), los obispos católicos de los Estados Unidos declararon que “Las parroquias están llamadas a acoger a los dolientes, al pobre, y al vulnerable entre nosotros en actos concretos de caridad. Así como el Evangelio nos dice que nuestras vidas serán juzgadas por nuestra respuesta a ‘los más pequeños’, así también nuestras parroquias deben ser medidas por su ayuda al hambriento, al desamparado, al que tiene problemas y al alienado—en nuestra propia comunidad y más allá de ella... Una Iglesia que enseña una alternativa al pobre debe reflejar esa alternativa en su servicio al necesitado. Los esfuerzos parroquiales por satisfacer las necesidades humanas también brindan experiencia, competencia y credibilidad valiosa en abogar por normas públicas dirigidas a los poderes responsables por que las personas necesiten de nuestra caridad”

(*Sirviendo a “los más pequeños”*: *Alcance y Caridad*). Los obispos también señalan que asociaciones como Caridades Católicas y otras iglesias, y el establecimiento de despensas de alimentos, refugios y programas de extensión son aspectos integrales de la vida parroquial.

En mi parroquia en el norte de Arlington, Virginia, [Nuestra Señora Reina de la Paz](#), durante los anuncios finales escuchamos acerca las diferentes oportunidades que podemos aprovechar a lo largo de la semana para vivir “vidas eucarísticas”. Algunas de estas son oportunidades locales, como donar artículos a la [despensa de alimentos](#) y al [Ministerio de Mateo 25](#) para alimentar y vestir a cientos de familias necesitadas. También participamos en oportunidades globales como el [Ministerio de Haití](#) y la [Campaña del Plato de Arroz](#) de Catholic Relief Services (CRS por sus siglas en inglés) para apoyar los programas de desarrollo económico y alcance social basados en la comunidad de nuestra parroquia hermana de San José de Medor, Haití, y otras comunidades globales necesitadas.

Durante mi tiempo viviendo y trabajando en el Bronx, Nueva York, fui testigo del increíble trabajo que se realiza para alimentar a muchas familias necesitadas. La [despensa de alimentos del Centro Comunitario de San Jerónimo H.A.N.D.S.](#) la cual atiende a más de 1,000 familias e individuos en el sur del Bronx, Nueva York, está alimentando a uno de los vecindarios más pobres del país, la comunidad de Mott Haven. Del mismo modo, en el Valle del Río Grande, los esfuerzos de la [Hermana Norma Pimentel](#) han sido ampliamente reconocidos por el compromiso de su agencia de alimentar a los hambrientos y acoger a los migrantes. Además, a través del [Banco de Alimentos del Valle del Río Grande](#), los restaurantes y miembros de la comunidad están dando mucho fruto al donar alimentos y comidas para alimentar a los más pobres y vulnerables.

Esta ética de solidaridad cristiana hacia los más pobres y vulnerables se manifiesta a través del cuidado pastoral y los servicios sociales como los proporcionados por Nuestra Señora Reina de la Paz en Arlington, Virginia; el Centro Comunitario de San Jerónimo en el Sur del Bronx, Nueva York; y Caridades Católicas del Valle del Río Grande en McAllen, Texas. Estos esfuerzos de solidaridad comunitaria están respondiendo a las necesidades de personas vulnerables que forman parte integral de sus comunidades. Los líderes eclesiales y laicos en estos lugares están viviendo verdaderamente el mensaje de amor al prójimo de Jesús. En efecto, saben que cada vez que dan una mano a “los más pequeños de estos”, también le están dando una mano a Jesús. Pues dice la Sagrada Escritura: “*Porque estuve hambriento, y me dieron de comer; sediento, y me dieron de beber; era forastero y me hospedaron; estuve desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; encarcelado, y fueron a verme*” (Mt 25, 34-40). Estos son los buenos samaritanos a quienes Jesús alaga en el Evangelio de San Lucas (10, 29-37). Más importante aún, son los que proclaman la Buena Nueva, un mensaje de amor, bienvenida y salvación para todas las personas.

La mesa está preparada para el banquete del Señor

Al contemplar el sacrificio de Cristo por un mundo de necesidad, nos sentimos obligados a seguir su ejemplo. Adentrados “en la dinámica de su entrega” nos sentimos llamados a darnos a nosotros mismos en solidaridad con los miembros de nuestra familia humana que afrontan injusticias (*Deus Caritas Est*, n. 13). Las palabras de san Juan Crisóstomo en el siglo IV se hacen

realidad para nosotros al reflexionar sobre Mateo 25,31-46: “¿Deseas honrar el Cuerpo de Cristo? No lo ignores cuando esté desnudo” ([Los Sacramentos y la Misión Social](#), págs. 7-8). Y podemos agregar, no lo ignores cuando tenga hambre, esté sin hogar, en prisión y/o como un recién llegado a nuestras comunidades y ciudades.

La Eucaristía nos obliga a vivir Mateo 25, dando de comer al hambriento, acogiendo al extranjero y vistiendo al desnudo (Mt 25, 35-36). Si deseamos honrar el Cuerpo de Cristo, entonces no podemos ignorar los problemas sociales que afectan a los más vulnerables en nuestras comunidades. La Eucaristía nos recuerda que somos parte de una comunidad y de la familia humana como miembros del Cuerpo de Cristo. Por lo tanto, debemos encontrar a Cristo en la Eucaristía de manera personal y social, al tiempo que tomamos conciencia de vivir como discípulos misioneros que salen de la Eucaristía como Cuerpo de Cristo, partido por el mundo.

Vengan, benditos de mi Padre; tomen posesión del Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo (Mt 25, 34).

Preguntas adicionales para reflexionar

- ¿Participa tu parroquia o ministerio en alguna iniciativa que ayude a combatir la pobreza y el hambre?
- ¿Qué tiene que decir nuestra fe sobre estos desafíos y sus causas?
- ¿Qué tipo de retos nos plantea el Evangelio cuando nos dice que estamos llamados a ser la voz de los demás en estado de vulnerabilidad?
- ¿De qué manera la comida eucarística nos obliga a ocuparnos de los que tienen hambre y/o inseguridad alimentaria?

Para más información sobre los recursos catequéticos, de oración y litúrgicos acerca la Eucaristía y la misión social, visiten la página web: <https://www.usccb.org/es/offices/justice-peace-human-development/eucharist-and-mission>.

Todas las citas de los Papas y fuentes del Vaticano, copyright © *Libreria Editrice Vaticana* (LEV), Ciudad del Vaticano. Todos los derechos reservados.

Los textos de la Sagrada Escritura en esta obra están tomados de los Leccionarios I, II y III, propiedad de la Comisión Episcopal de Pastoral Litúrgica de la Conferencia Episcopal Mexicana, copyright © 1987, quinta edición de septiembre de 2004. Utilizadas con permiso. Todos los derechos reservados.

Biografía:

Yohan Garcia se desempeña como Gerente de Educación sobre la Doctrina Social de la Iglesia en el Secretariado de Justicia y Paz de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos. Yohan también se desempeña como profesor adjunto en el Instituto de Estudios Pastorales de la Universidad de Loyola Chicago; como asesor y formador/presentador de la Conferencia de Vida Rural Católica; como miembro activo de la red internacional sobre Ética Teológica Católica en la Iglesia Mundial (CTEWC por sus siglas en inglés); y como asesor de la

Comisión de Justicia, Paz e Integridad de la Creación de los Misioneros Católicos de Glenmary. Obtuvo un asociado en Manejo de Empresas del Borough of Manhattan Community College, una licenciatura en Ciencias Políticas de Hunter College y una maestría en Ética y Sociedad de la Universidad de Fordham.